

Las diferencias entre Hugo Chávez y Adam Smith son obvias. El presidente de Venezuela es una persona carismática y radical, dada a soltar arengas sobre la maldad del imperialismo, ya sea a las masas entusiastas de seguidores o ante el público, más escéptico, de la Asamblea General de Naciones Unidas. El economista político escocés era una persona prudente y reflexiva que hace 230 años escribió la obra más influyente de todos los tiempos sobre la economía política, *La riqueza de las naciones*.

Pero no son sus enormes diferencias lo que me interesa analizar aquí. Lo que parece significativo, y no deja de sorprenderme, es hasta qué punto, a juzgar por su política reciente (y las intenciones que anuncia para el futuro), Chávez se empeña en rechazar todas aquellas medidas de sentido común que, según el escocés, ayudan a hacer prósperas, estables y fuertes a las naciones.

No estoy sugiriendo con esto que el presidente venezolano sea consciente de la obra de Smith. Personalmente, lo veo poco probable. Sin embargo, es un hecho evidente que la política actual de Venezuela no puede haber tomado una dirección más opuesta a los consejos del gran economista.

¿Qué era lo que aconsejaba Smith? El escocés escribió en una época de turbulencias internacionales (*La riqueza de las naciones* apareció el mismo año en que se produjo la Declaración de la Independencia Americana, y la Revolución Francesa estaba a la vuelta de la esquina); en una época en la que ciertos imperios, como el español, se tambaleaban, y otros, como el británico, empezaban a encumbrarse; en una época en la que en París, en Londres, en Edimburgo y en Filadelfia, los intelectuales debatían sobre cuál era la relación adecuada entre el beneficio y el poder, sobre qué hacía poderosas a las naciones.

Para Smith, la solución de esta última cuestión era muy sencilla. Basta con que el sistema de gobierno evite dañar excesivamente la economía para que todo funcione. Los seres humanos son inventivos y productivos por naturaleza, además de estar siempre dispuestos a incrementar su botín, y si se les permite hacerlo, florecerá la nación en su conjunto. Por el contrario, si quienes tie-

Hugo Chávez y Adam Smith

PAUL KENNEDY

nen el poder actúan de forma poco sensata —ahogando las iniciativas, no tolerando la disidencia, imponiendo impuestos arbitrarios, confiscando los bienes privados, dañando a las empresas y enredándose en los asuntos de otras naciones—, el país en cuestión podría caer rápidamente en un estado de infelicidad, confusión y descrédito. Smith abominaba sobre todo de la falta de previsión de los gobiernos; los mercados libres necesitan la garantía de que lo que se invierte hoy no se va a desbaratar mañana.

Llegados a este punto, los lectores habrán empezado a percatarse de hasta qué punto este discurso tiene que ver con la política reciente de Chávez. Su sermón del pasado septiembre, aprovechando la tribuna pública que le ofrecía la Asamblea General de Naciones Unidas, fue sólo un gesto simbólico, aunque no por ello

dejara de avergonzar a muchos políticos y diplomáticos latinoamericanos. Pero el mundo de los negocios —el mundo para el que escribía Smith— está menos interesado en la retórica demagógica que en las medidas políticas y económicas reales, especialmente aquéllas que incrementan la inseguridad. Y es ahí donde Chávez está metiendo a Venezuela en un hoyo cada vez más profundo.

Para empezar, Chávez parece decidido a despilfarrar la riqueza que le ha llovido del cielo a su país debido a los altos precios del petróleo y el gas. Existe una interesante teoría económica conforme a la cual aquellos países sin recursos nacionales (pensemos en Suiza o Singapur) tienen bastantes probabilidades de encontrarse entre los más prósperos porque se han visto forzados a depender del productor de riqueza más importante que haya existido jamás:

el capital humano. Pero de todos modos, algunas naciones, como Noruega o Dubai, han empleado de forma inteligente los ingresos provenientes del petróleo, invirtiendo en el futuro de su pueblo. Chávez, por el contrario, se está dedicando a malgastar el capital del país comprando aviones de combate rusos, ayudando a regímenes antiamericanos de África y de América Latina y llevando una política de recompensas en el interior del país. Y todo esto depende de que los precios del petróleo se mantengan muy altos.

Para terminar, no debemos olvidar las arbitrarias intervenciones de Chávez en el mundo de los negocios, en el sistema tributario y en la propiedad privada. Aunque en Venezuela existe también esa enorme brecha entre ricos y pobres característica de Suramérica, no parece una buena idea confiscar las tierras y las empresas

privadas a fin de llevar a la práctica programas populistas.

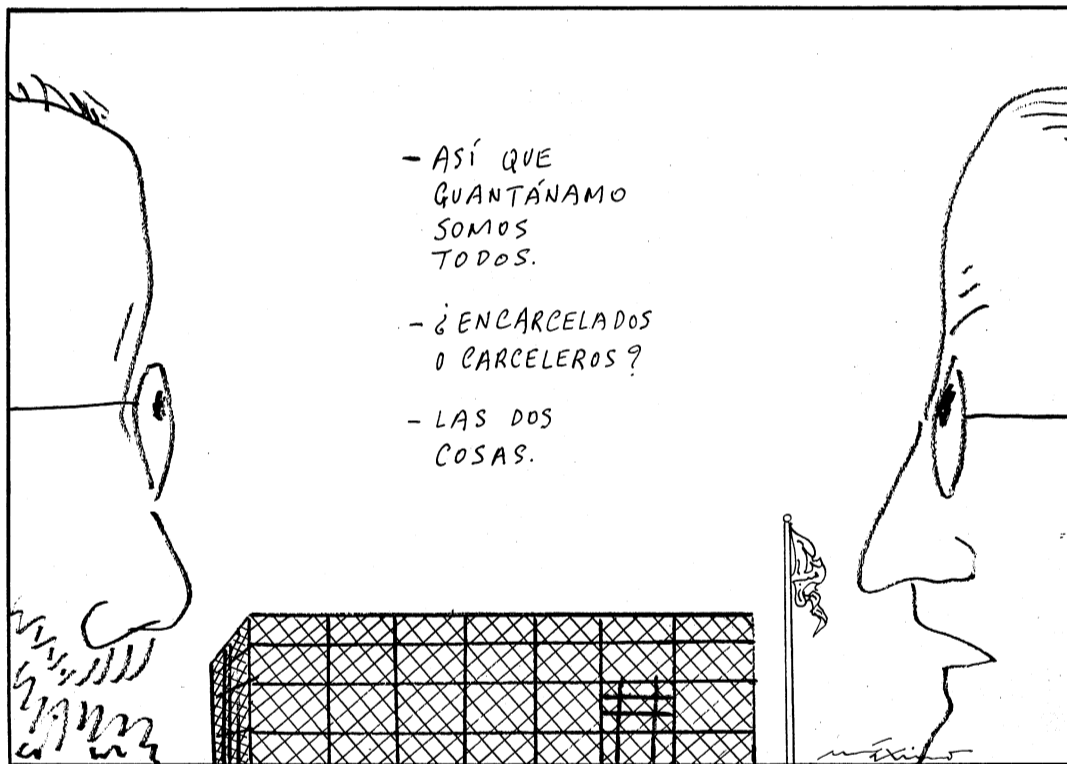
Es comprensible exigir que las multinacionales extranjeras paguen un canon por la explotación del petróleo y el gas, pero no lo es subir continuamente el porcentaje de la "tajada" que se queda al Estado y crear la sensación entre las empresas de que Venezuela no es un buen país para establecer negocios. Según *The Financial Times*, el fogoso presidente venezolano pretende ahora nacionalizar los grandes grupos petroleros del cinturón del Orinoco, hacerse con el control de la industria de las telecomunicaciones (en la cual han hecho grandes inversiones empresas españolas y estadounidenses), retirar los permisos de emisión de Radio Caracas Televisión, la cadena antigubernamental que representa a dicha industria, y echar mano de un montón de controles más en las importaciones y exportaciones, en los precios de las materias primas y en los tipos de interés.

Como era de esperar, todo esto ha conducido a la venta masiva de los bonos venezolanos por parte de los mercados financieros internacionales. Siempre queda lugar para debatir respecto a la proporción de la propiedad pública frente a la privada en la economía de un país (incluso Smith reconocía que las funciones del Estado deben de ser amplias e importantes). Pero no hay duda de que cuando un gobierno toma arbitrariamente medidas confiscatorias, se arriesga a que las consecuencias sean negativas.

En caso de conocerlas, Chávez, por supuesto, desestimaría las enseñanzas de Smith. Después de todo, acaba de calificar de "necio" al secretario general de la Organización de Estados Americanos sólo porque expresó su preocupación con respecto a las propuestas de nacionalización venezolanas. De modo que, tal vez, podríamos limitarnos a enviarle al presidente y a su gabinete, un gabinete últimamente más radicalizado, un texto sencillo: *La gallina de los huevos de oro*, la fábula clásica de Esopo. Hasta sus partidarios de los barrios pobres de Caracas lo entenderían.

Paul Kennedy es catedrático de Historia y director del International Security Studies de la Universidad de Yale. Traducción de Pilar Vázquez.

MÁXIMO



Quién ha sido

BASILIO BALTASAR

El saludable escepticismo de los tiempos modernos ha moderado las aspiraciones heroicas de la condición humana y mediante un informado ejercicio de buen humor ha conseguido sosegar la ansiedad de los hombres inclinados a sentir la llamada del destino.

Pero del mismo modo que formas vegetales arcaicas perduran gracias a casi extinguidos sistemas de fecundación, subsisten en nuestras sociedades individuos dispuestos a resucitar caducas maneras de conducir a los hombres.

El anhelo que distingue a los héroes imbuidos por este furtivo instinto de predestinación suele ser un irreprochable fervor altruista, pues la ambición de poner un poco de orden en la sociedad es la única que alienta sus generosos desvelos.

Thomas Carlyle creyó que un solo hombre puede enderezar el rumbo del mundo y dedicó a este héroe su elegía: "Al capitán, al superior, al que asu-

me el mando, al que está por encima de los demás hombres; aquél a cuya voluntad se someten los otros, a éste debe considerarse como el más importante entre los grandes hombres".

No hace falta indagar en las profundidades psicológicas del personaje para comprender la influencia que esta escuela de pensamiento político ha tenido en la formación de José María Aznar. Ya en el congreso de Sevilla, cuando en 1990 conquistó la jefatura del Partido Popular, Aznar se presentó como portador de las cualidades que adornan al héroe: "Abnegación, entrega, hombría de bien y sufrimiento".

Muchos de sus colaboradores creyeron seguir al actor de

los discursos que allanan el camino de La Moncloa, pero poco a poco hasta los más incautos adivinaron lo que estaba sucediendo: Aznar se precipitaba a fundir en una única figura su imaginación y su identidad.

La modesta y tímida incubación del espíritu providencial fue dando sus frutos y procurándole la elocuencia que tronaría más allá de nuestras fronteras: "los débiles gobiernos de las democracias occidentales cederán al chantaje de los cuerpos mutilados y sus frágiles sociedades terminarán derrumbándose como naipes".

Los gestos autoritarios y las declaraciones intempestivas podían parecer consecuencia del

satisfecho mandato alcanzado en dos citas electorales, pero en realidad pertenecían a un género más elevado de impaciencia. Su mímica delataba sin cesar esa irritación que distingue a los grandes hombres conscientes de estar perdiendo el tiempo. "Hacen falta", decía en Jerusalén, "líderes fuertes y firmes con un claro sentido de su misión".

Sólo un combativo altruismo transmuta el sacrificio personal en la más duradera fuente de placer. Pero comprender la figura heroica de Aznar requiere además saber cómo se propuso pasar a la Historia.

No era suficiente haber salido ileso de un atentado ni entrar en guerra contra Irak. Para

dotarse con los rasgos de una personalidad admirable, Aznar debía escenificar la envergadura mítica de su gallardía y mostrarnos el camino que toma un hombre destinado a convertirse en héroe: la renuncia al poder.

Ya en 1996 especulaba sobre sí mismo indirectamente preguntándose en público: "¿Cómo será España cuando la deje dentro de ocho años?"

Con la singular determinación de abandonar el poder, Aznar no sólo quiso asombrar a una población resignada al duro empecinamiento de los políticos profesionales, sino elevarse por encima de sus colegas y avergonzar a sus adversarios con una grandilocuente lección moral.

Que la ingeniería financiera del Partido Popular garantizara este atajo a la gloria sin cerrar la puerta de su retorno triunfal, no empañaba el lustre que su figura paseó por medio mundo.

En declaraciones al diario Pasa a la **página siguiente**

Quién ha sido

Viene de la **página anterior** francés *Le Monde*, hechas poco antes de las elecciones de 2004, José María Aznar citaba las dos grandes figuras históricas a las que puede compararse a un gobernante sin apego al poder: el emperador romano Cincinnatus y el emperador Carlos V.

Teniendo como antepasados tan ilustres precedentes, es fácil caer en la angustiada desazón, la perturbada confusión y el inquieto desánimo que sufrirá el hombre empujado a ser de nuevo un simple mortal. Pero el acontecimiento que desmoronó la heroica complacencia de su figura, tan disciplinadamente

tallada, no fue la bomba de los integristas en Atocha ni la catástrofe electoral del 14-M.

El carisma de la figura a la que Aznar había conseguido insuflar vida propia no provenía tan solo de la abnegada renuncia al mando sino del constante alarde de una rara cualidad: el valor de la palabra dada.

En un mundo sometido a la frivolidad de los charlatanes, hete aquí que surge con orgullo el que habiendo dicho "me voy", añade: "El arte de gobernar no es sólo tomar decisiones y saber mantenerse en el timón cuando soplan vientos huracanados en contra, sino también saber dejarlo".

Cetro diamantino de la misión trascendente que aceptó cumplir, la palabra del presi-

dente Aznar fue la más temible amenaza que podía dirigir contra sus enemigos y el más fiable de los pendones ofrecidos a sus partidarios. ¿No era acaso esta palabra dada y cumplida un motivo de temor y reverencia?

Pero la voluble fortuna altera con crueldad los sueños de los hombres. Explotó la bomba en Atocha, murieron los ciudadanos de Madrid y el temor a perder el poder que había prometido entregar a su sucesor —"para no aprovechar las tendencias caudillistas de España"— le obligó a empeñar su palabra de honor ante los más fidedignos testigos de su confianza. Durante los tensos momentos posteriores a las explosiones del 11-M, el presidente Aznar telefoneó a los directo-

res de los principales periódicos españoles para hacerles partícipes de su documentada convicción: ha sido ETA, vino a decir.

Temeraria declaración, como comprobaron luego los que no quisieron desconfiar de la palabra de honor dada por un presidente en tan aciagas circunstancias.

Fue suficiente un dramático encontronazo con el destino adverso para que Aznar perdiera el temple propio de los héroes.

Pocas horas después, el presidente en funciones entraba con su esposa en el colegio electoral de Nuestra Señora del Buen Consejo de Madrid y frunciendo el ceño atravesó el tumulto ciudadano reunido para abuchearle. Quién ha sido,

quién ha sido, gritaba igualmente furiosa la muchedumbre.

Ahora da comienzo el juicio que sentenciará la autoría de los brutales atentados de Atocha. Después de meses de descabellada polémica, el Partido Popular redoblará sus esfuerzos de agitación, será insistente el despliegue de sus periódicos y vocinglero el oratorio radiofónico contra los jueces y policías responsables de la investigación.

Pero una más completa comprensión del proceso judicial nos exigirá no perder de vista el origen de esta infatigable campaña de sospechas, bagatelas y clamores: el arrojo que un héroe caído puso en rehabilitar su fama.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico:

CartasDirector@elpais.es

Andalucía@elpais.es

Bilbao@elpais.es

Cataluña@elpais.es

Galicia@elpais.es

Valencia@elpais.es

Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.com

Guantánamo

A raíz de la publicación en su periódico de la visita de tres policías a la base estadounidense de Guantánamo, donde se encuentran privadas de cualquier garantía procesal cientos de personas, han aparecido declaraciones por parte de varios responsables del Partido Popular que no tienen ni la más mínima base jurídica en el sistema democrático occidental. Se refería concretamente Josep Piqué a la cuestión, diciendo que si los agentes habían acudido al territorio cubano sin autorización judicial, no lo hicieron más que por buscar indicios o claves que pudieran ser posteriormente empleados en la lucha antiterrorista, lo que vendría de modo implícito a justificar tal actuación. Pues bien, esta afirmación parte de un presupuesto inadmisiblemente en la base jurídica democrática. Y es que las pruebas obtenidas como consecuencia de la vulneración de algún derecho fundamental son radicalmente inválidas (*teoría del fruto del árbol prohibido*, de origen anglosajón e introducida positivamente en nuestro ordenamiento —artículo 11 LOPJ— tras la STC 114/84). Basándose en esta doctrina, imprescindible para asegurar la eficacia de los derechos fundamentales consagrados en toda democracia, cualquier prueba obtenida tras la violación de un derecho fundamental no podrá ser nunca tenida en cuenta como prueba válida, y por tanto, el Estado democrático y de Derecho (artículo 1.1 CE) jamás habrá de hacer uso de las mismas.

Así pues, y al margen de la discrepancia político-partidista, señalar la carencia de base jurídica que tienen las declaraciones del señor Piqué, que me temo, no harán sino desencadenar otras de idéntica índole, que no por repetidas se dotarán de sentido jurídico.— **María Esther Tejedor Fernández**. Quintana de Fuseros, León.

El juicio del 11-M

Estoy de acuerdo con el PP en que se sepa lo que de veras pasó el 11-M. Que se sepa que el alineamiento de España con los otros dos principales países invasores de Irak, EE UU y Reino Unido, promovido por el ex presidente Aznar, puso a nuestro país en el punto de mira del terrorismo islamista. Que se sepa también que las "razones" dadas para esa política al margen del resto de la comunidad internacional, armas de destrucción masiva, relación de Sadam con Al Qaeda, etcétera, han resultado falsas.

Que se sepa que el entonces ministro de Interior Acebes, responsable máximo en la lucha antiterrorista, desestimó o no tuvo en cuenta las informaciones que los servicios de inteligencia del Estado iban recabando sobre la preparación de un atentado islamista. Y que se sepa que una vez sucedido el atentado y a pocas horas de las elecciones, tanto Aznar como Acebes intentaron por todos los medios que la ciudadanía no supiera con certeza que todos los indicios apuntaban a radicales islámicos.

Estoy con Rajoy: que se sepa de una vez lo que pasó. Como en la mayoría de asuntos de este mundo, el espacio de Opinión sobre el 11-M es muy estrecho; el resto mayoritario lo ocupan los hechos incuestionables.— **Fernando Parra Supervía**. Madrid.

Escribo para pedir un favor. Quizá los ejecutivos de las televisiones, de todas las televisiones, opinen que tres años son más que suficientes para que el olvido haya asentado plaza en nuestra familia.

Por eso, quizá por eso, repiten sin cesar, desde hace días, las terribles escenas del horror de los trenes deslavazados del 11-M. No se equivoquen. El Horror, con mayúscula, nunca se olvida. Llevamos casi tres años. Más de mil días, intentando olvidarlo. Alguna vez, de entre esos más de mil, lo hemos logrado.

Pero el Horror vuelve a aflorar. Se instaló. En nuestro olfato, en nuestras retinas. En esa angustia que taponaba nuestra garganta cuando el tren, en el que conseguimos volver a subir, va y se detiene dentro de un oscuro túnel, y esperamos, sin éxito, la voz del conductor dándonos una razón para ello.

Esa retina que se cierra, esos oídos que se taponan, y esos ojos que se humedecen cuando vuelven a bombardearnos con imágenes y palabras.

Esa rabia dentro, muy dentro. Porque ustedes se empeñan en evitar que alguien de mi familia pase hoja y empiece una nueva página en la que no esté escrita la palabra Horror.— **María José Retuerce Fernández**. Fuenlabrada, Madrid.

Política impolítica de nuestros gobernantes

Leí el otro día un excelente artículo de Félix de Azúa, *Longevidad del resentimiento*, al cual yo me atrevería añadir que nuestros políticos gastan un alto porcentaje

de sus energías para zaherirse entre ellos más que para intentar arreglar los problemas que padecemos: la corrupción de la mayoría de nuestros ayuntamientos en connivencia con empresas constructoras, la falta de vivienda para parejas jóvenes, el trabajo precario *mileurista* que tanto abunda (cuando se encuentra), la delincuencia internacional afincada en España, la falta de cultura de nuestra población y la degeneración de una parte de nuestra juventud que sólo piensa en fornicar y beber alcohol. Problemas a resolver, y no ver qué sexo tienen los ángeles.— **Ramón Valenzuela**. Chilluévar, Jaén.

Móviles

Desde aquí quiero dar las gracias a quien corresponda por la gran acción en defensa del consumidor que ha supuesto el obligar a las compañías de móviles a facturar por segundos. He visto en la web de Movistar los nuevos precios que me aplicarán a partir del día 1 del próximo mes de marzo en un contrato 24 horas. Desde ese día pagaré un 18% más en una llamada de tres minutos, o el 20% más en la de un minuto. Y esto es porque, además de la subida en el establecimiento de llamada de 12 a 15 céntimos, también suben el precio del minuto, de 18 a 21 céntimos; porque hasta ahora un minuto costaba 18 céntimos, o sea, 0,003 euros el segun-

do y ahora, redondeando, lo cobrarán a 0,0035 euros, es decir a 21 céntimos. Por favor, no vuelva a obligar a nadie a bajar los precios, piénsenlo bien antes, no nos defiendan así.— **Joaquín López Zabala**. Madrid.

¿Oposiciones a cátedra?

Para ser catedrático de Universidad es necesario pasar unas pruebas denominadas de habilitación delante de un tribunal formado por siete catedráticos de la materia, que se eligen por sorteo, a nivel nacional. El tribunal decide mediante mayoría simple de los votos emitidos, es decir que son necesarios cuatro votos. Los ejercicios son dos; el primero, eliminatorio, consiste en la exposición de los méritos de los concursantes, teniendo en cuenta que en asignaturas clínicas como la nuestra hay que valorar la docencia, la asistencia en los centros hospitalarios y la investigación. El candidato o los candidatos que reciban los votos necesarios son convocados para el segundo ejercicio, que debe consistir en la exposición de un proyecto de investigación bien estructurado, luego lo defenderá ante el tribunal y éste le formulará las preguntas pertinentes.

Recientemente, han tenido lugar dos oposiciones con un total de cinco plazas disponibles de catedráticos de Obstetricia y Ginecología. En la primera se juzgaban dos plazas y en la otra, un mes después, se juzgaban tres plazas. Cuatro miembros de los dos tribunales eran las mismas personas. Para abreviar: cuatro de las plazas fueron adjudicadas a cuatro candidatos relacionados de una u otra manera con estos cuatro miembros. Sólo una se otorgó a un candidato que no tenía ninguna vinculación con ellos. Se da la circunstancia de que un candidato recibió seis votos en el primer ejercicio de la primera oposición, mientras que no lo superó en la segunda, cuando ocurre que cuatro de los miembros del tribunal en la primera oposición lo seguían siendo en la segunda.

Se trata de una persona con una amplia experiencia docente, jefe de servicio de un hospital de excelente nivel y con un factor de impacto investigador de los mejores en ambas oposiciones. El factor de impacto es un baremo por puntos cuya valoración es más alta cuanto más prestigiosas son las revistas científicas donde se publican los trabajos de investigación. No se entiende que a la hora de valorar el factor de impacto, éste sea determinan-

te para unos y no parezca serlo para otros, ya que se adjudicaron plazas con factores de impacto bajos.

Creo que es urgente que se revise la forma de acceso del profesorado justamente ahora que hay un proyecto de reforma de la ley de Universidades; de no ser así no veo cómo vamos a poder situarnos junto a las Universidades más prestigiosas.— **Doctor Xavier Iglesias Guiu**, catedrático jubilado de Obstetricia y Ginecología de la Universidad de Barcelona. Barcelona.

Timidez contra el calentamiento

Estoy asombrado de que no haya cundido el pánico. Mejor. Porque la reciente previsión mundial de la ONU sobre el calentamiento del clima y la posterior aplicación para España no pueden ser peores. El CO₂ nos está trayendo una tremenda desgracia. Mucho más trabajo y muchas más dificultades para todos para conseguir sobrevivir. En cantidades tales que no me puedo ni imaginar su envergadura ni como las vamos a sobrellevar.

Necesitamos una gran reacción, que cunda en todos un gran deseo de luchar contra este calentamiento del clima. Que deseemos que los gobiernos tomen estrategias que no sólo sean razonables sino en especial que sean suficientes para moderarlo. Necesitamos que nos pidan más y más para luchar contra esta plaga silenciosa. Todo lo que haga falta. Tenemos que desearlo, que exigirlo sabiendo que nos va a costar bastante dinero a todos y a cada uno. Que los partidos hagan un Pacto de Estado para no paralizarnos contra el calentamiento por las próximas elecciones.

La peor con mucho y por mucho tiempo es la noticia de que la mayoría de la Unión Europea va a rechazar en la Cumbre del 8 de marzo que sea obligatorio llegar al 20% de energías renovables para el 2020. Esas timideces y reticencias para tomar en serio la lucha contra el calentamiento son nuestra maldición y condena.— **Pablo Osés Azcona**. Fuenigirola.

Fe de errores

Aragón TV estrena la serie *Héroes* el próximo 2 de marzo, y no hoy como se decía en la sección de Radio y Televisión de ayer.